EMILIO G. DEL CASTILLO y JOSE PEREZ LOPEZ

La Hermana Piedad



COMEDIA LÍRICA

EN UN ACTO, TRES CUADROS, EN PROSA ORIGINAL

MÚSICA DE LOS MAESTROS

QUISLANT y BADÍA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
NÚÑEZ DE BALBOA, 12
1910

Al gran caudillo [illegible]-
ario Espinosa, jefe de las
huestes obreras del teatro Mar-
tín; recuerdo cariñoso de su
buen amigo
José Pérez López

LA HERMANA PIEDAD

LA HERMANA PIEDAD

COMEDIA LÍRICA

en un acto y tres cuadros, en prosa

ORIGINAL DE

EMILIO G. DEL CASTILLO y JOSE PEREZ LOPEZ

música de los maestros

QUISLANT y BADIA

Estrenada en el TEATRO MARTÍN la noche del 10 de Enero de 1910

MADRID
R. VELASCO IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º
Teléfono número 551
1910

A la notable primera tiple

Eulalia Uliverri

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
SOR PIEDAD	SRTA.	ULIVERRI.
AURORA	SRA.	BAJATIERRA.
MARIPELOS	SRTA.	BUSTOS.
DOÑA OFELIA	SRA.	TRAIN.
UNA HERMANA	SRTA.	GALLEGOS.
LAVANDERA 1.ª		ARROSAMENA.
IDEM 2.ª		CASTILLO (M.)
RAFAEL	SR.	ULIVERRI.
CABRITILLA		MORCILLO.
PRÓCULO		SERRANO.
DON ATAULFO		LUJÁN.
DON ANSELMO		DELTORO.
DON MARCIAL		LORENTE.
DON MANRIQUE		LLORENS.
EVARISTO		PALOMINO.

Coro de lavanderas y mozos del pueblo

La acción en Villacalmosa, pueblo imaginario de la provincia de Madrid.—Época actual

Las indicaciones del lado del actor



ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Plazoleta en la entrada de un pueblo.

A la izquierda fachada de casa con dos tiendas donde se lee «Barbería de Próculo», en la primera, y «Farmacia», en la segunda. A la derecha, primer término, bastidor de árbol; arrancando del segundo término hasta el foro lavadero con pila y toldo. Se supone que el agua que sale del lavadero forma un pequeño arroyuelo que llega al foro y corre al pie de la tapia de la Casa de Salud hasta perderse por el último término de la izquierda. Marcan su cauce juncos y algunas pequeñas plantas. Al foro, desde la mitad hacia la izquierda, tapia del jardín de la Casa de Salud que se supone por medio de un practicable á un metro ó metro y medio más alto que la escena. Detrás, pintada en el telón de foro, fachada de la Casa de Salud, y en el mismo telón y hacia la derecha pequeño panorama de cercas de jardines, arboledas y techos de casas.

Es por la mañana.

En la escena y delante de la barbería sillón barbero y una silla.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecen EVARISTO, mozo del pueblo, sentado en el sillón; PRÓCULO. con bata de peluquero afeitándole; DON ATAULFO, cuya cara recuerda la de don Manuel Ruiz Zorrilla, en caricatura, leyendo «El País», aguarda á que terminen sentado en

la silla; MARIPELOS, muchacha desenvuelta, lavando en el lavadero de espaldas á Próculo, con las LAVANDERAS 1.ª y 2.ª; CORO DE LAVANDERAS con canastas de ropa unas y otras recogiendo la ropa tendida, y CORO DE MOZOS que las requiebran desde el centro de la escena

Música

MOZOS — Lavandera, lavanderita,
no tiendas ropa mojada,
pues la ropa no necesita
más sol que el de tu mirada.

MAR. — Los mirones hay ocasiones
que no sirven para nada.

MOZAS — Que se vayan esos mirones,
pues resulta la broma pesada.

(Ellos se acercan á abrazarlas.)

MAR. — Porque tengo la ropa en remojo
no te salto un ojo
ni te dejo cojo.

MOZAS / MAR. — Al mirarsus cualquiera diría
que os cayó algún premio
de la lotería.

MOZOS — Lavandera, yo verme quisiera,
con sol ó con frío,
contigo en el río.

MOZAS — Si viniera mi novio y los viera
se armaba aquí un lío
al ver tanto tío.

PRÓC. — Don Ataulfo, ¿puede saberse
que es lo que dice hoy el papel?

ATAUL. — Pues que el Gobierno tié que caerse
que no hay quien pueda ya con él.

PRÓC. — ¿Conqué eso dice hoy *El País*?

ATAUL. — Eso es un grano,
grano de anís.
Y en cuanto el pueblo soberano
haga lo que hizo allá en París,
tendrá que irse por pies.

PRÓC. — Claro es. Claro es.
Eso lo sabe cualquier burgués.

—

MOZOS — Lavandera.

MOZAS — ¡Qué tío! ¡Qué tío!

MOZOS Lavandera, no bajes al río.
MOZAS Que se calle.
MOZOS ¡Qué talle! ¡Qué talle!
MOZAS Dejar libre si pué ser la calle.

—

MOZAS Quien pudiera...
Quien pudiera no ser lavandera
pa no volver más al río
y pasear por la ribera
que andando se quita el frío.
MOZOS Lavandera...
Lavandera, yo verme quisiera
contigo siempre en el río,
pues á tu lao á cualquiera
se le ha de quitar el frío.
ATAUL. } El gobierno...
PRÓC. } El gobierno que está hecho una fiera
para mí que está *perdío.*
En cuanto abran la *leñera*
se le va á quitar el frío.

(Vanse los Mozos por la izquierda y las Mozas por la derecha, cantando lo siguiente:)

MOZOS Lavandera.
MOZAS ¡Qué tío! ¡Qué tío!
MOZOS Lavandera, no bajes al río
MOZAS Que se calle.
MOZOS ¡Qué talle! ¡Qué talle!
MOZAS ¡Ya dejaron hoy libre la calle!

ESCENA II

La MARIPELOS y LAVANDERAS 1.ª y 2.ª, DON ATAULFO, PRÓCULO, EVARISTO

Hablado

ATAUL. (Dejando de leer.) ¡Si Ruiz Zorrilla levantára la cabeza!

EVAR. (Levantándose.) Güeno. Con Dios, Próculo.

PRÓC. ¿Y los cuartos?

EVAR. Apúntalo. (Hace mutis por la derecha.)

PRÓC. ¿Eh? ¡Que con esta son ya treinta las veces que te he hecho la barba! ¡Don Ataulfo! ¿Pero ha visto uste alguien más desgraciao que este servidor? Tóo me sale mal. Me caso con la Juliana y en seguida se dilata (Ademán de estar en cinta.) y ¡pum! ¡pum! dos vástagos y una pulmonía que me deja viudo y padre duplicao.

ATAUL. Deberías casarte de nuevo.

PRÓC. A eso tiro. Con la Maripelos. (Señalándola.) Pero le tengo pánico. ¡Mire usté que si me osequia otra vez por partía doble! Siéntese usté.

ATANL. Vamos allá. (Se sienta en el sillón.)

PRÓC. Y que parece que este pueblo lo da de sí. Pa mí que es el agua. Toas las que se casan, en seguida madres, y hasta algunas antes y con tiempo.

ATAUL. Verdad.

PRÓC. Yo me intereso mucho por ese asunto. Como uno lo ha pasao...

ATAUL. ¿Tú?

PRÓC. Es un decir. Ya sabrá usté que tenemos así... á la médica.

ATAUL. Sí, ya me lo dijo su marido.

PRÓC. ¿Qué va á ser?

ATAUL. ¿Y yo que sé?

PRÓC. ¿Afeitar, verdá? (Empieza á darle jabón.)

LAV. 1.ª (Con sorna.) ¡Dale jabón, Maripelos!

LAV. 2.ª Y que como el agua está caliente ya verás como le corta.

PRÓC. Algunas lenguas había que cortar.

ATAUL. Y algunas cabezas.

PRÓC. Tiene usté razón. (Con convicción; le echa hacia atrás la cabeza como si fuese á poner en práctica lo dicho y empieza á afeitarle.)

MAR. ¿Habéis visto al señorito que vino antiyer pa la contrata de pinos?

LAV. 1.ª Miá que es guapo mozo.

MAR. Y que se ha traío un criao andaluz que...

LAV. 2.ª ¡Ay! (Próculo se distrae mirándolas.)

ATAUL. ¡Ay! (Quejándose.)

PRÓC. ¿Hace daño?

ATAUL. ¡Cuerno! ¡A mí sí!

PRÓC. Usté perdone. Es que á veces no está uno en lo que hace. ¿S'ha fijao usté en las ondulaciones que tié la Maripelos?

ATAUL. ¡Siempre ha de tener la culpa de todo la mujer!

PRÓC. ¿Caliente ó fría?

ATAUL. Templada. (Entra Próculo en la Barbería.) ¡Si Ruiz Zorrilla levantára la cabeza!

MAR. ¿Quién ha dicho usté?

ATAUL. (Levantándose, con energía.) Ruiz... Zorrilla.

MAR. ¡Oiga usté! ¡Que yo no consiento á nadie que me insulte!

ATAUL. Pero si yo no he dicho...

MAR. Ande y que le pongan en remojo como á la mojama.

PRÓC. (Saliendo con su vacía.) ¡El agua! (Todos ríen.) ¿Qué dice hoy de güeno *El País?* (Le pone la vacía al cuello.) ¿Qué tal el Gobierno?

ATAUL. Con el agua al cuello... Se prepara un golpe de Estado.

PRÓC. Don Ataulfo. Una pregunta anómala. ¿Qué es golpe de Estao?

ATAUL. Hombre, ello mismo lo dice. Si te dan así en un ojo, (Acción de pegar.) ¿qué te han hecho?

PRÓC. La pascua.

ATAUL. Pero si yo del golpe te lo salto y tu ojo es el Gobierno, ¿qué sucede?

MAR. Que se traga usté una libra de jabón por dejar tuerto á mi novio.

PRÓC. ¡Maripelos!

ATAUL. Si es un ejemplo.

MAR. Pues pone usté de ejemplo sus narices, que pué que no sean el Gobierno, pero parecen un tomate maduro.

PRÓC. ¡Chica! Perdónela usté. Como ha estao sirviendo en Madriz es algo descarada.

ATAUL. ¿Y á quén ha servido?

MAR. A un señor cura.

ATAUL. ¿Era castrense?

MAR. Era de Murcia y usté de Babia. Y abur, que tengo que hacer. Vamos á por otra canasta, chicas. (Hacen mutis Maripelos y Lavanderas 1.ª y 2.ª)

ESCENA III

DON ATAULFO y PRÓCULO

PRÓC ¡Qué cosas ha aprendío en Madriz!

ATAUL. Puede que demasiadas. ¡Tratar así á un hombre como yo, que ha comido con Ruiz Zorrilla y le ha despachado calomelanos á Castelar... Pero, hablemos de nuestros ideales. (Baja la voz.) ¿Has descubierto algo nuevo de los frailes? A mí nadie me quita de la cabeza que en el convento, por la noche, tocan la guitarra.

PRÓC ¿Y qué me dice usté de las monjitas de la Casa de Salud? (Señalándola.)

ATAUL. Que hay subterráneo. He tanteado el suelo y suena á hueco.

PRÓC. (Peinándole.) ¿Con raya, verdad?

ATAUL. Lo mismo es.

PRÓC. ¿La lleva usté á la izquierda?

ATAUL. Como quieras.

ESCENA IV

DICHOS, CABRITILLA y MARIPELOS. El primero es un criado andaluz con persianas exageradas y ceceo exagerado también. Vienen riñendo

CAB. (Dentro.) ¡Pero niña! ¡Pero qué está osté desperdisiando una ocasión única!

MAR. ¡Nos ha fastidiao el tío éste que lleva dos guarda barros encima de las orejas.

PRÓC. ¿Pero qué pasa?

CAB. Nada, joven incaurto Yo soy Cabritiya, pa servirle, y esta sírfide (Por Maripelos.) se me ha echao en los brasos hase un momento llorando y disiéndome que ó la amo ó se arranca el corasón.

PRÓC. ¡Mentira! ¡Calurnia! ¡Esa es mi novia!

CAB. No, hombre, no, si es otra, otra que...

MAR. (Con sorna á Cabritilla.) Joven, ¿cuándo me va usté á dar uno de esos rizos?

CAB. ¿Lo está usté viendo?

PRÓC ¡Lo mato! ¡Lo mato!

MAR. Pa hacerme una toquilla de pelo de Cabra.

CAB. Pero arma mía, si osté va á caer á mis pies en cuanto yo la eche er aliento.

MAR. Sí. Porque de seguro apesta á vino.

PRÓC ¡Lo mato! ¡Lo mato!

CAB. Hombre, no se moleste osté por mí. Siga osté afeitando ar zeñó.

ATAUL Calma, Próculo, calma. Mira que eres viudo y tienes dos hijos.

CAB. Claro, hombre. No hay que ponerse así. Es como si yo le digo ar zeñó, (Por don Ataulfo.) Usté se da un aire á don Manuel Ruiz Zorrilla.

ATAUL (Loco de alegría.) ¿Eh? ¿Qué ha dicho usted? ¿Es eso verdad? ¿Usted le conocía?

CAB. He comío muchas veses en su casa.

(Llanto de niño dentro.)

PRÓC. (¡Aprieta! ¡Ahora los chicos que lloran!)

CAB. La ví á desí á osté una cosa que la va á llegá á lo vivo. ¡Cañita durse!

MAR. ¿De veras?

PRÓC. ¡A lo vivo! ¡Y los chicos llorando! ¿Lo ve usted, don Ataulfo?

ATAUL. Los oigo.

PRÓC. ¿Qué hago yo?

ATAUL. Mecerlos.

CAB. Osté es una armendra y yo quió comérmela.

PRÓC. ¡Maripelos! ¡Que me piden el biberón!

MAR. ¿Y á mí qué me cuentas, hijo? ¿Puedo yo hacer algo?

PRÓC. Ayudarme á la laztancia artificiosa.

MAR. ¡Ay, hijo! Es pronto pa eso.

PRÓC. ¡Pronto! ¡Como no callen, los acogoto! ¡Infiela! ¡Mujer adulterada!

ATAUL. Adúltera, hombre. No digas barbaridades.

PRÓC ¡Soy viudo, don Ataulfo!

ATAUL. Aunque lo seas, puedes hablar bien. (Entra Próculo en la barbería.)

ESCENA V

DON ATAULFO, CABRITILLA, MARIPELOS y DOÑA OFELIA con gran sombrero adornado con flores chocarreras, corbata roja y traje llamativo. Luego PRÓCULO con su frase

OFEL. (Entra sofocadísima.) ¡Qué salvajada! ¡Qué escándalo! ¡Qué grosería!

ATAUL. ¿Qué le ocurre á usted, doña Ofelia?

OFEL. Aquí no hay educación. Aquí no hay decencia.

CAB. (Aquí lo que no hay es gusto pa vestir. Vaya un sombrerito.)

MAR. ¿Pero qué pasa?

OFEL. Que los chiquillos del pueblo se han empezado á burlar de mi *toilette*, y me han insultado hasta llegar á tirarme piedras. Y uno ha tenido la desfachatez de decirme que este sombrero de mañana lo había robado en el melonar de Cirilo. ¿Qué le parece á usted?

CAB. (Bastante feo.)

OFEL. Yo voy á contárselo á mi tía la alcaldesa.

CAB. Sí, señora. Cuénteselo osté á su tía.

OFEL. ¡Ah! (Amable.) Y su amo. .

CAB. En los pinares, cortando los pinos de la contrata. ¿Por qué no va usté á contárselo á él? De seguro les tira el sombrero á la cabeza.

MAR. Y mata á alguno.

OFEL. Yo que iba tan tranquila á oir misa.

ATAUL Le está á usted muy bien empleado. Así deberían hacer con todos los beatos y beatas que nos echan á perder el pueblo.

OFEL. ¡Jesús María! Ya me lo dirá usted cuando se esté quemando en los infiernos con mi difunto esposo que también tenía esas ideas.

CAB. Su difunto de osté estará en la gloria.

OFEL. Imposible.

ATAUL. En la gloria, porque ha dejado de verla á usted, y en cuanto á lo del infierno ya debe estar acostumbrado porque usted ha debido quemarle en vida mucha sangre.

OFEL. ¡Grosero! ¡Abejorro!

CAB. Señora. Quítese el sombrero pa discutir, que va á darla algo.

OFEL. Gracias, caballero. Es comodidad. Los frailes son unos santos y las monjas unos ángeles. ¿Qué tiene usted que decir de ellas? ¿Qué tiene usted que decir de sor Piedad? Una monja que se pasa la vida atendiendo á los locos del manicomio que es donde usted va á ir á parar.

ATAUL. ¿Yo?

OFEL. Sí, señor. La religión es un freno.

ATAUL. Bien. Si usted necesita freno no discuto.

OFEL. La carne es flaca.

CAB. No diga osté eso, señora...

OFEL. Yo me he educado con monjas y así tengo esta educación.

ATAUL Yo por libre.

OFEL. Ya se conoce. Si yo hubiese tenido hijos hubiese cuidado mucho de su educación, porque lo que vale es la primera teta.

CAB. Y la zegunda, la zegunda también.

ATAUL. Todo eso son chifladuras de vieja cargante.

OFEL. ¿Pero han visto ustedes? ¿Pero ven ustedes?

PRÓC. (Saliendo.) ¡Me quién ustedes hacer el favor de callarse, que se han dormío otra vez!

OFEL. Es que me ha llamado vieja, amigo Próculo. Usted que me conoce y ha penetrado en mi corazón. Usted que me propuso que consolara su viudez...

PRÓC ¿Mi viudez?

MAR. ¿Qué ha dicho ese espantajo?

PRÓC. Que soy padre, Maripelos.

MAR. Y esa señora tía.

ATAUL. Y abuela.

CAB. Que se arma el lío.

MAR. ¡Vieja compuesta!

ATAUL. Beata ridícula.

PRÓC. ¡Que soy padre doble!

CAB. ¡Carma! ¡Carma! (Tumulto general.)

ESCENA VI

DICHOS y SOR PIEDAD de la primera derecha; viste de monja, hábito negro y peto blanco. Habla con tono dulce pero sin ñoñería y no mira al suelo porque sabe que Dios prefiere á los que miran hacia El y El está en el cielo y en sus obras que son los pecadores

SOR PIE. (Interponiéndose.) Hermanos, ¿pero qué sucede? ¡No riñan, por amor de Dios! (Todos se contienen al oirla.)

MAR. (Yendo hacia ella.) ¡Hermanita!

OFEL. (Cariñosa.) ¡Sor Piedad!

(Sor Piedad avanza hasta el centro del grupo rodeada de doña Ofelia y Marjpelos. Próculo saluda y Cabritilla se descubre. Don Ataulfo no y se vuelve de espaldas malhumorado. No hay que olvidar que quiere parecerse á Ruiz Zorrilla.)

SOR PIE. (Alegremente.) Cúbranse. ¿Para qué gastar cumplidos con una muchacha? Ya ven ustedes. Don Ataulfo no se descubre, y él, por su edad, sabe más de eso... ¿No es verdad, don Ataulfo?

ATAUL. (Quitándose su gorro de terciopelo y escondiendo «El País».) Sí, sí. Verdad.

SOR PIE. ¿Y por qué esconde usted el periódico? Supongo que no traerá nada contra mí. Yo nada malo le hice...

MAR. ¿De dónde viene usted?

SOR PIE. De pedir de casa en casa. Estoy rendida. Hay que charlar tanto... Yo soy muy charlatana. Muchos me lo han dicho; y hasta sé que hay por aquí un señor boticario que me tacha de demasiado alegre. (Con intención ligeramente burlona.)

ATAUL. (Confuso.) Yo no he dicho eso...

SOR PIE. ¿Pero he dicho yo que fuese don Ataulfo? No. Ya lo sé. Don Ataulfo es muy buen amigo mío y no puede enfadarse porque yo me ría.

ATAUL. No. Yo no...

SOR PIE. El ser alegre no es pecado. Si encima de pedir entristeciese á las gentes llorándoles

penas, acabarían por echarme... y los pobres enfermitos quedarían sin pan... Por eso yo no pido llorando sino riendo. Halago la vanidad de los orgullosos contando sus caridades á todo el mundo. Y unos por lo que otros puedan decir, todos van llenando mi limosnero. A los tristes les cuento historias alegres; á los desdichados les hablo del cielo; á los felices, de la tierra. Y siempre procuro que con mis cuentos rían los que lloraban y dejen escapar alguna lágrima los que reían, porque á los tristes el reir les ensancha el alma y á los alegres les hace buenos el llorar. Y cuando vuelvo al lado de mis pobrecitos locos, les traigo el pan, que es su alegría. ¡Qué importa que la haya conseguido riendo! ¡Mejor ha de saberles, porque las lágrimas hacen amargo el pan!... (Con mucha dulzura.) ¿No le parece á usted, don Ataulfo?

CAB. (Conmovido.) ¡Chóquela usté, Merquiades Arvarez!

ATAUL. (Que se ha conmovido, pero que se acuerda de Ruiz Zorrilla.) Eso es caridad y yo no creo en ella. Creo que todos tienen derecho á vivir y eso es justicia.

SOR PIE. ¿Y qué hemos de hacer si la justicia no llega á todos? La caridad compensa los errores y las injusticias. Nada cuesta mientras se es joven y se gana mucho dar algún dinero. Luego llega la vejez y no sabemos si puede aprovecharnos á nosotros mismos la caridad de nuestra juventud.

ATAUL. ¡Para vivir de limosna, más vale reventar de una vez!

SOR PIE. ¡Morir! ¿No le asusta á usted esa palabra? ¡Qué sabemos lo que hay después! Todo es sombra, misterio, quietud... ¿Quién puede asegurar que tras de esa quietud no haya algo terrible y desconocido? Yo estoy entre mis locos. ¡Si viera usted qué cosas tan extrañas y tan espantosas dicen de la muerte! Muchas veces he pensado:—Yo ya estoy un poco loca también.—¿Será que su enferme-

dad les hace ver algo para nosotros oculto? ¿Será que por su locura ven más allá de la vida? (Todo lo anterior con voz de misterio.) Le aseguro á usted que me espanta ese pensamiento... ¿Qué piensa usted?

ATAUL. (A quien han impresionado las ideas de la Hermana y que se olvida de Ruiz Zorrilla.) Que voy á darla á usted un duro para que no me hable más de cosas tristes. (Dándoselo.)

CAB. Paese mentira que con esa cara tan bonita ponga osté los corasone como una asufaifa, en vé de habé tenío novio y habé aprendío á bailá seviyanas.

SOR PIE. (Alegremente.) ¿Y quién le dice á usted que yo no he bailado en mis tiempos? Pues poco alegre que era yo. Y esté usted seguro de que á no ser por mi vocación me hubiera casado con un andaluz.

CAB. (Encantado.) ¿E eso de veras?

SOR PIE. Tan de veras. Los andaluces son todos muy buenos maridos y hacen feliz á cualquiera con su alegría. Todas las muchachas deberían rifárselos.

CAB. (Loco de alegría.) ¡Choque usté, paisana!

SOR PIE. Por desgracia no lo soy. Crea usted que estoy muy pesarosa; pero como no me dieron á escoger cuando nací...

CAB. (Dándole dinero.) Tenga osté dos peseta pa comprá mansaniya á los enfermos; quiero que sepan que sabe á gloria. A condisión de que se eche usté un trago á mi salú.

SOR PIE. Gracias. Yo no bebo, pero rezaré una salve y será mejor.

MAR. ¡Qué buena es usted!

OFEL. Un ángel.

SOR PIE. Nada de eso. Tengo la suerte de encontrar almas caritativas. No es doña Ofelia quien menos me ayudó á la buena obra.

CAB. (A Ofelia.) Zeñora: un consejo. Dela usté en seguía dos pesetas, porque si la deja osté hablá, va osté á tené que darla cuatro.

OFEL. ¿Cuánto le ha dado á usted la señora alcaldesa?

SOR PIE. Cinco pesetas.

OFEL. Tenga usted seis. (Dándoselas.)

PRÓC. Y tenga usté una, tóo será que mis chicos hagan hoy vigilia.

SOR PIE. Gracias, hermanos. Gracias á todos.

ATAUL. ¡Y que una mujer así haga el disparate de profesar! Aun está usted á tiempo de arrepentirse. ¿No es usted novicia?

SOR PIE. Sí, hermano.

ATAUL. Pues ahorque usted los hábitos y en paz.

SOR PIE. No puedo. ¿Qué sería de mis enfermos? Yo conozco sus manías y sé calmar sus torturas. El mundo es muy hermoso, pero en el mundo hay penas y alguien se ha de encargar de consolarlas. Además, las hermanitas de mi orden, las hermanitas del dulce amor, me quieren tanto...

ATAUL. Así que no encontraría usted quien la quisiera.

CAB. ¡Yo mismo soy capaz...! (Sor Piedad le contiene con una mirada.)

ATAUL. Nada. Está decidido. Quedamos en que usted es muy buena y en que convencida por mí deja el convento y vive en el mundo donde no le faltarán pesares y tristezas que endulzar.

CAB. Quedamos en que usté se casa.

OFEL. Quedamos en que vuelve usted al convento.

SOR PIE. Quedamos en que son catorce pesetas lo que han tenido ustedes la bondad de darme. Una fortuna para mis enfermos. Gracias. ¡Muchas gracias, hermanitos! (Mutis por la derecha.)

ATAUL. (Que ha quedado meditando.) No puedo explicarme cómo ha podido convencerme á mí... ¡A mí! ¡Un revolucionario!

CAB. (Con sorna.) ¡Don Ataurfo! ¡¡Si Ruis Zorriya levantara la cabesa!!

ATAUL. (Furioso.) Me voy, que tengo que preparar unos papeles de quinina.

CAB. Sí zeñó. En este mundo hay que tragá quina, mucha quinina.

(Don Ataulfo hace mutis á su botica, muy incomodado. No es para menos.)

ESCENA VII

MARIPELOS, DOÑA OFELIA, PRÓCULO y CABRITILLA

OFEL. Vaya. Abur. Voy á casa de la viuda de Antolín. Quieren ver mi sombrero. Adiós, Próculo. (*Muy tierna*) Ya sabe usted que se le aprecia... y que se le estima... y que... un hombre viudo está muy mal. (*Mutis cómicamente.*)

MAR. ¿Pero has oído, Próculo?

PRÓC. Tengo una idea.

MAR. A esa vieja chocha la arranco yo el sombrero y el moño.

CAB. Guárdeme osté er sombrero.

MAR. (*Con sorna.*) ¿Pa qué, arma mía?

CAB. Pa quitá el hipo.

Música

(*Se oye llanto de dos niños en la orquesta. Próculo se desespera y canta.*)

PRÓC.
Ahora sí que me he perdío,
un chico se ha despertao.
¡Cómo dejo yo á este tío
con mi novia aquí á su lao!
Y ahora son los dos á una.
¡Esto ya es el desnivel!
Los dos chicos en la cuna
y mi novia aquí con él.

MAR. } ¡Próculo, Próculo,
CAB. } que el niño llora!

PRÓC. ¡Cáscaras! ¡Cáscaras!
¡Que se consuele!

CAB. Mézale.

MAR. Duérmele.

PRÓC ¿Yo? No señora.

CAB. Sáquele.

MAR. Cuídale.

PRÓC. Anda y que vele.

CAB. No sea parricida.

MAR. ¡Próculo, por Dios!

PRÓC. Entro y en seguida
salgo con los dos.
¡Adiós! ¡Adiós!
(Entra Próculo en la barbería.)

CAB. (A Maripelos.)
Es usté, serrana,
la mujer barbiana
que toas las noches he soñao,
y si tiene gana
de verse surtana
aquí tiene un surtán enamorao.

MAR. Es usté un lioso,
un tio mentiroso
y el hombre mas soso
que he tratao,
y yo quió un esposo
guapo y laborioso,
no usté, que parece un carabao.

PRÓC. (Saliendo con un chico en cada brazo y escandalizándose al verlos hablar.)
¡Me la ha quitao!
¡Me ha reventao!
Ese se va de aquí perniquebrao.
¡Que calles arrastrao! (Al niño.)

MAR. ¡A ver si estás callao!
Escucha, condenao
un baile que á bailar
he aprendío en los Madriles
y se llama el Tarantán.
(Maripelos coge un chico y se lo pone en los brazos á Cabritilla, éste y Próculo mecen á los niños cómicamente. Maripelos baila.)

TODOS Tarantán, tarantán.

MAR. Conozco yo á un torero.

PRÓC. / CAB. Tarantán.

MAR. Que *tié* miedo á los cuernos.

PRÓC. / CAB. Tarantán, tarantán.

MAR. Y en cuanto que torea,
su ropa por detrás,
está llena de...

CAB. (Al que tiene en los brazos.) ¡Uf, niño!

MAR. Tarantán, tarantán.

TODOS Tarantán.

Hablado

MAR. Vamos, Próculo, deja á ese camarón con gorra de plato (Hacen mutis por la barbería.)

CAB. ¿Cómo?... ¿Eh? ¡Joven! Que no hay derecho á reirse de un hombre en sus barbas, aunque sea con un peluquero, que... (Vuelve.) Na, que entre ella y el angelito de niño me han puesto de etiqueta. (Por el pantalón que toca haciendo aspavientos.) Nos ha fastidiao la joven, que yeva á su lao una ama seca con matiné

ESCENA VIII

CABRITILLA y AURORA, muchacha modesta, vestida de obscuro, con SOR PIEDAD. Vienen de la derecha, acaban de encontrarse y cruzan por el foro, con dirección á la segunda izquierda

AUR. Vamos pronto, hermanita. Estoy impaciente por verle.

CAB. (Que las ve y procura ocultarse al reconocer á Aurora.) ¡Aprieta! La zeñorita Aurora. Pa mí que ar zeñorito Rafaé le va á dar un disgusto la noticia.

SOR PIE. ¿Ha llegado usted en el coche, verdad? A ver al abuelito.

AUR. Sí. ¿Cómo está el pobre?

SOR PIE. Bastante mejorado. ¿Supongo que esta vez será más larga su visita?

AUR. No. Esta misma tarde he de volverme.

SOR PIE. Pues vamos. ¡Qué alegría va á tener el pobre! (Hacen mutis las dos por la izquierda.)

ESCENA IX

CABRITILLA y RAFAEL. Por primero derecha, viste traje de mañana y sombrero flexible, elegante sin afectación

RAF. ¡Cabritilla!

CAB. Zeñorito.

RAF. Vengo del pinar. Te he estado buscando. ¿Ocurre algo nuevo?

CAB. Cuasi na. Que está aquí...

RAF. ¿Quién?

CAB. La nieta de su agüelo.

RAF. ¿De qué nieta me hablas?

CAB. De la nieta del agüelo que se gorvió loco porque perdió el juisio de indirnasión al ver que usté... ersétera con la señorita.

RAF. ¿Está aquí Aurora? ¿Vive aquí?

CAB. Ha venio pa vé al agüelo, pero se va esta tarde.

RAF. Si me viese sería un contratiempo. Anda y dí que me guarden un asiento en el coche. Aquí espero. Avísame cuando vaya á salir... ¡Pronto!

CAB. En aeroplano dirigible. (Sale escapado imitando el volar de dicho aparato.)

ESCENA X

RAFAEL y LAVANDERA 1.ª con SOR PIEDAD por la izquierda

RAF. (Sacando el reloj.) Las once. Aun tengo tiempo de dar una vuelta por el pueblo antes de que salga el coche. (Va á irse hacia el foro.)

LAV. 1.ª (A Sor Piedad.) Ese es el señorito de los pinares.

SOR PIE. Gracias, Paula. Voy á ver si me da algo para mis enfermos. (Lavandera primera hace mutis. Sor Piedad se acerca á Rafael que está vuelto de espaldas.) Por caridad, caballero. Una limosna para...

RAF. (Reconociéndola.) ¡Teresa!

SOR PIE. (Idem.) ¿Tú?... (Rectificando.) ¿Usted?

RAF No; tú. Como lo dijo tu corazón, anticipándose á los labios. Ese tú, es la voz de un recuerdo que murió.

SOR PIE. No ha muerto, Rafael. Todavía sé cómo usted se llama.

RAF ¡Teresa!

SOR PIE. Ya no. Antes fuí Teresa, hoy soy la limosnera de la Casa de Salud... la hermana Piedad.

RAF No la tuviste de mi.

SOR PIE. No quiso Dios que la tuviera.

RAF. Y sin explicarme nada, sin más que una carta llena de amargura me dejaste. ¿Te acuerdas? Era una noche de Mayo. Tú estabas en la reja; entre tus flores; aquellos claveles que tantas veces confundí con tus manos, aquellas rosas que tú dehojabas riendo, siendo siempre con esa risa que aun se esconde entre las tocas de tus hábitos. ¡Y yo que adoraba aquella sonrisa porque me parecía una flor más! (Con amargura.)

SOR PIE. Y porque á veces aquella sonrisa era en mí heroismo... Mis pobres padres enfermos... ¡Si viera usted cuantas amarguras y cuántos temores ocultaba aquella sonrisa!... ¡Pobres padres!

RAF. ¿Murieron?

SOR PIE. (Con pena.) Sí.

RAF. Ya ves. Tú les sacrificaste tu vida y nuestro amor y Dios te los ha robado.

SOR PIE. Dios no roba. Dios se lleva á su lado á los que padecen... Ellos, los pobres, ¡sufrieron tanto! Mi madre, enferma varios años, contribuyó á agotar la fortuna de mi padre, que enfermó también cansado de luchar con la suerte. Yo me ví pobre, usted era rico, Rafael... Sacrificarles mi vida era justicia, sacrificar la de usted á mis deberes era egoísmo... Por eso escribí aquella carta de eterna despedida.

RAF. ¡Cruel!

SOR PIE. ¿Cruel?

RAF. Sí. Muy cruel. Yo lloré primero porque te quería; pero luego, harto de llorar, busqué las risas y, como me recordaban la tuya, empecé á encontrar placer viendo la pena de los otros. Y soy tan malo que hice llorar á muchas mujeres porque, pareciéndome que en cada una de ellas había algo de ti, me sabía su dolor á venganza.

SOR PIE. ¡Rafael! ¡Por Dios!... Lo sé todo. Es inútil que lo repita usted.

RAF. Es preciso. Esta es mi confesión. Yo no voy á la iglesia y á alguien he de abrir mi alma,

este alma que era buena y que tú has hecho mala.

SOR PIE. ¡Calla, Rafael! Calle usted. (Conteniéndose.)

RAF Hoy eres ya un imposible.

SOR PIE. ¿Imposible?

RAF. ¿Qué dices? Has pronunciado ese *imposible* de un modo... Habla. Dime que esas tocas son una mentira, que aun puedes cambiarlas por el traje blanco de boda... Habla... Contesta... (Teresa baja la cabeza.) ¡Ni siquiera sabes ya sonreir! ¡Todo lo has olvidado!

SOR PIE. Debo olvidarlo.

RAF. ¿Y me abandonarás de nuevo á esta vida que creen de placer y es de amargura?

SOR PIE. Mis enfermos necesitan consuelo.

RAF ¿Qué más enfermo que yo?

SOR PIE. Rafael. Nuestras vidas se separaron. Tu amor se hizo placer, el mío ternura; y seguimos los dos amando: tú á los dichosos, yo á los tristes.

RAF. Amar á quien nos ama es la mayor misericordia.

SOR PIE. No puedo, Rafael.

RAF ¿Tus votos?

SOR PIE. No. Aun no he pronunciado ningún juramento.

RAF (Con vehemencia.) ¡Y dudabas! ¡Y aun dudas! Pues á mí sí. A mí me juraste amor toda la vida; me juraste ser sólo mía... Teresa. Mira que este instante decide nuestras vidas; mira que es milagro de amor el devolver á mi alma la paz... Acuérdate de nuestra felicidad; de nuestra reja de flores; del día en que nos conocimos...

SOR PIE. (Arrastrada por su vehemencia.) ¡Rafael! ¡Calla! ¡Calla! (Empieza el vals pianísimo en la orquesta.)

RAF Sonaba un vals, lento, pianísimo. Yo te invité, bailamos... ¿Te acuerdas?... ¡Dime que aun te acuerdas! ¡Dilo!

SOR PIE. (Suplicante.) ¡Rafael!

Música

RAF ¿No recuerdas la dulce cadencia
de aquel vals que tan piano sonó?
¿Aquel son de violines llorosos
con cuyo eco latió el corazón?
De su ritmo suäve, elegante,
va creciendo en suspiros el son
y estallando en febril torbellino
se desborda en palabras de amor.

—

Canta, amor mío, canta,
locuras de mi ensueño.
Canta, amor mío, canta...
Te quiero Te quiero.
Dila que amor es gloria
y que á la vida vence.
Canta, amor mío, canta...
Me quiere. Me quiere.

—

SOR PIE. No recuerdes la dulce cadencia
de aquel vals que tan piano sonó,
ni aquel son de violines llorosos
con cuyo eco latió el corazón.
En su ritmo no trae ya la alegría
porque evoca un pasado de amor,
y la vida conmigo fué ingrata
y á la vida ya he dado mi adiós.

—

Corazón mío, olvida
aquel feliz ensueño.
Calla, corazón mío,
que muero, que muero.
RAF Y luego la escala,
subiendo ligera,
gimiendo sus notas
se vuelve tormenta.

—

SOR PIE. Tormenta divina.
RAF. Tormenta de amor.

—

SOR PIE. ¿Quién da su luz al cielo?
RAF Amor.
SOR PIE. ¿Quién da á la tierra un beso?
RAF Amor.
SOR PIE. ¿Quién la tormenta enciende
con ronco trueno?
RAF. Amor.

—

SOR PIE. ¿Quién da al alma alegría
y á la vida ilusión?
RAF Es amor. Es amor,
que es fresca hoja de rosa,
luz de sol que da un beso.
LOS DOS Es amor. Es amor.
SOR PIE. ¿Y Dios entonces?
RAF. Pues Dios, es eso.
LOS DOS ¡Amor! ¡Amor!

ADVERTENCIA.—En este dúo no puede haber el abrazo de costumbre. Es anacrónico é imposible.

ESCENA XI

DICHOS y CABRILILLA; sale decidido, pero se queda parado al verlos; luego AURORA y DON ANSELMO

Hablado

CAB. Zeñorito Rafaé... er coche. (Aparte.) ¡Camará! Don Juan Tenorio.
RAF. (Brusco.) ¿Qué querías?
CAB. (Todo azorado.) Que er cochero está enganchao... y los cabayo en er pescante.
RAF. ¡Marcharme ahora!
CAB. (Bajo, á él) Ya zabe usté... que no tié usté más remedio... por la .. lo... ersétera.
SOR PIE. (Con pena.) ¡Adiós, Rafael!
RAF No. Adiós, no. Hasta dentro de dos días.
SOR PIE. (Con más amargura.) Hasta... nunca.
RAF ¡Teresa! .. (Bajo y suplicante.) Teresa...
SOR PIE. (Vencida, vuelta de espaldas á él.) Hasta... Hasta cuando quieras, Rafael.

RAF. ¡Bendita seas! Vamos, Cabritilla. (Mutis despidiéndose.)

CAB. (Haciendo mutis con Rafael.) ¡Pan comío!

ANS. (Que ha salido al practicable del foro seguido de Aurora y ve á Rafael, sin ser visto de los que están en escena. Es un viejecito venerable. Al ver á Rafael da muestras de gran agitación y dice como desvariando.) ¡Aurora!... ¿No le ves? ¡Allí! ¡Es él! ¡El ladrón!... ¡Matarle! ¡Matarle!

AUR. (Saliendo sin ver á Rafael que ya ha hecho mutis.) Abuelo. Abuelito. El ataque; se pone malo. (Lo entra dentro abrazándole y procurando calmarle.)

SOR PIE. ¡Dios mío! Haz que esta felicidad sea cierta. (Diciendo adiós con la mano en el lateral derecha sin enterarse de lo que ocurre en el practicable.—Cuadro. Telón.)

Intermedio musical

CUADRO SEGUNDO

Telón corto. Afueras del pueblo. Selva y algunas casas. La acción es el mismo día del primer cuadro, por la tarde.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón la escena está sola. Se oye dentro una copla cantada por un tenor. Es preciso que se oiga la copla

VOZ (Dentro.)

Un querer que yo tenía,
serrana, ya lo he perdío.
¿Cuándo vivirá sin penas,
serrana, el corazón mío?
Las penas que yo te cuento
son menos que las que callo.
En el mundo too son penas
porque nacimos penando.

ESCENA II

CABRITILLA por la derecha con una cantimplora. Se supone que habla á los que están dentro

Hablado

Oye tú, niño ¿No le podías ir á cantar esas coplas á tu agüela? Porque miá que son *fusnebres*. Más valiera que trebajaseis como Dió manda. ¿No me veis á mí? (Da una vuelta y echa un trago de la cantimplora que lleva colgada.) Habíais de vé á los trebajaores de Seviya. ¡Como que hay que atarlos pa que descansen, porque si no hasta dormíos trebajan! Luego dirá mi amo que no sé mi obligasión y eso.. eso es café con media. A los trebajaore y á las mujeres les pasa lo mismo. Hay que está siempre ensima. Yo no sabía na de trebajaores... ¡pero de mujeres! Ellas no me quedrán á la corta... pero á la larga... á la larga ninguna resiste. La mujé es como er Gurugú de Melilla. La toma usté de frente y se gana osté un mamporro; pero si se aserca osté á la montaña y va poco á poco subiendo la farda, subiendo la farda... ¡Cuando se entera osté, en er Gurugú! Y entonses... ¡A la bayoneta!

ESCENA III

CABRITILLA y DOÑA OFELIA

OFEL. Le estaba buscando.. ¿Dónde se ha metido usted?

CAB. En er Gurugú.

OFEL. ¿Cuándo piensa volver su señorito?

CAB. De mañana á pasao.

OFEL. Ya habrá escarmentado de su escándalo con la monjita.

CAB. Ni se acuerda. Seguro. Con toas hase iguá..

Yeva una lista como don Juan Tesnorio, apunta á una, y cuando está poniendo er segundo apellío ya tié otra preprará. En cuanto vuelva la apunta á osté.

OFEL. ¡A mí no me apunta si no se casa antes! Una sabe darse á respetar.

ESCENA IV

DICHOS, DON ATAULFO y PRÓCULO con los dos chicos uno en cada brazo

ATAUL. ¡Qué escándalo tan horrible!

PRÓC. ¡Qué borrón para Villacalmosa!

OFEL. ¿Qué pasa?

PRÓC. Se dice que la monjita ya no profesa y se quiere salir del convento.

OFEL. ¡Hay que impedirlo!

ATAUL ¡Al contrario! Todas las monjas fuera de los conventos; todos los frailes á trabajar. En España hacen falta brazos.

PRÓC. ¡Anda! ¡Dígamelo usté á mí!

ATAUL España muere de inanición, hace falta á esta nación una revolución que acabe con la reacción.

CAB. ¡Pom!

Música

ATAUL. Suene el cañón.
Y al estampido de su explosión
caiga de bruces la reacción.

LOS TRES Pom porrompom.

OFEL. De seguro me dá de emoción.
¡Ay que me dá la convulsión!

ATAUL ¡Revolución!

PRÓC. ¡Constitución!

CAB. ¡Exclaustración!

TODOS ¡Pom!

—

ATAUL. Si la república viniese
á esta nación.

LOS TRES	Pom porrompom.
PRÓC.	Yo no sería peluquero,
CAB.	Y pué que fueras comadrón.
TODOS	Suene el cañón,
y al estampido de su explosión
caiga de bruces la reacción.
OFEL.	¡San Caralampio y San Zenón!
TODOS	¡Pom porrom pom! ¡Pom! ¡Pom!
ATAUL	Ya no habrá obispos cuando venga
la federal.
TODOS	Pan parram plam.
PRÓC.	Y á los que queden en España.
CAB.	Les abriremos en canal.
TODOS	Suene el cañón,
etc., etc.

Hablado

ATAUL. ¡Aquí hay que hacer algo gordo, Próculo!

PRÓC. Si uno no tuviá hijos. ¿Pero qué hago yo con esta pareja de guardias civiles?

CAB. ¡Chist! Por allí viene la monjita... con una que yo conosco.

ATAUL. ¡Ah, sí! La nieta de don Anselmo, uno de los locos. Escondámonos y observemos.

PRÓC. Ya que no podamos oir lo que hablen. ¡Deprisa! (Mutis. Simulan esconderse trás unos matorrales.)

ESCENA V

SOR PIEDAD y AURORA, de la derecha, vienen juntas. Se paran para despedirse en el centro de la escena

SOR PIE. Aquí me despido. Ya estamos en la entrada del pueblo y yo he de volverme.

AUR. ¡No me deje usted! Necesito su compañía, su amparo. ¡Soy tan desgraciada! (Con sincera amargura.)

SOR PIE. ¡Cálmese! Por fortuna su abuelito parece mejorado del ataque que sufrió esta mañana. Queda bien atendido. ¿Qué puede inquietarla?

AUR. (Con arranque de desesperación.) ¡Esta vida mía llena de torturas y remordimientos!

SOR PIE. (Con cariñoso asombro.) ¿Remordimientos?

AUR. Sí, hermana. Mis pecados fueron causa de la locura de mi pobre abuelo. (Bajo, con voz de vergüenza y de dolor.) El dolor de mi deshonra le perturbó. Yo soy la culpable.

SOR PIE. (Con cariño.) Olvide tales pensamientos.

AUR. ¡Olvidar! Eso le parece fácil á usted, que vive en la paz de ese santo asilo, siendo madre de sus enfermos. A usted que del mundo y del amor no sabe nada.

SOR PIE. (Con amarga ironía) ¡Quizá!

AUR. Usted no ha sentido la angustiosa tortura de los celos. Yo sí. Amaba á un hombre, le amo aún Viéndole de todas quise que fuese solo mío, y temerosa de perderle, sedienta de su amor, le dí un día mi cuerpo como le había dado antes mi alma. (Pausa brevísima. Con dolor infinito.) Ese es mi pecado Un pecado de amor tan grande que ni en Dios mismo creo, porque él es Dios y lo es todo para mí.

SOR PIE. (Con reprensión cariñosa.) Hermana.. esa heregía...

AUR. Usted no sabe de eso. Usted no sabe de amor, hermana Piedad.

SOR PIE. (Haciendo un esfuerzo por no hablar.) ¿Y dice usted que ese hombre... vive?

AUR. Sí. Mi abuelo en su locura creyó verle hace poco cuando se asomaba á las tapias del jardín, cuando le dió el ataque.

SOR PIE. (Inquieta. Aparte.) ¿Será acaso?... (Con ansiedad. Asaltada de una cruel duda.) Hermana, ¿quiere usted decirme... su nombre... nada más que el nombre...?

AUR (Dudando.) ¿Su nombre?

SOR PIE. Sí; pronto... Yo se lo ruego.

AUR Rafael.

SOR PIE. (Con dolor sincero, hondo, reconcentrado.) (¡Dios mío!)

AUR. (Que ha advertido su turbación.) ¿Le conoce usted?

SOR PIE. ¿Si le conozco?... Dios lo sabe, hermana. Basta que Dios lo sepa.

AUR. Yo quisiera odiarle, ya que no le puedo olvidar, y sería feliz si él me odiase.

SOR PIE. No, Hermana, no. Odiar, nunca.

AUR. (Con pasión.) Odiar, sí. El odio es pasión también. Odiándome sería mi enemigo, mi contrario... ¡Algo mío! ¡¡Mío!! (Transición.) Usted no puede saber lo que esa palabra encierra.

SOR PIE. ¿Yo?... (Se reprime.) Dios no permite ese egoismo.

AUR. ¿Entonces por qué permitió el amor? Si me quiso antes que á las otras mío es. (Con cierta fiereza.) ¡Por ser la primera en su amor tengo derecho absoluto!

SOR PIE. En el amor no hay derechos. No hay más que cariño, hermana. ¿Quién le asegura que fué usted la primera en su corazón?

AUR. El.

SOR PIE. (Fuera de sí.) ¡Pues mentía!

AUR. (Asombrada.) ¿Cómo? ¿Qué dice usted?

SOR PIE. (Dominándose con un supremo esfuerzo.) ¿Yo?... No, hermana. Si no afirmo. Es que supongo; supongo nada más.

AUR. Tiene usted razón. ¿Quién puede saber si solo fuí una más en su lista? (Con pena infinita.) Aconséjeme usted, se lo suplico.

SOR PIE. (Haciendo un doloroso esfuerzo.) Mi consejo es que ame siempre con igual fe, con el mismo amor, desterrando de su pecho el odio. Y si un día vuelve á su lado...

AUR. (Con asombro y loca alegría.) ¿A mí lado él?

SOR PIE. Sí. A su lado. ¿Por qué no? Entonces olvide sufrimientos y amarguras y procure hacerle dichoso, haciéndole bueno. Conságrele su vida entera para que haya en su amor algo de gratitud. El acabará por quererla... Yo he de pedírselo á Dios... Y Dios me oirá.

AUR. Dudo ya de todo.

SOR PIE. Pues yo creo que aun puede usted ser feliz.

AUR. Llegará tarde la alegría. ¡He llorado tanto!

SOR PIE. ¡Felices los que lloran, porque esperan! ¡Los más tristes son los que ya no pueden, no saben llorar!

AUR. Gracias. Me voy llena de esperanza. Gracias. ¡Hermana mía! (Abrazándola.)

SOR PIE. (Con dolor supremo.) Hermana... sí, *hermana.* (Viéndola marchar llena de angustia, eleva los ojos al cielo, pide fuerzas para sufrir Luego con ironía que desgarra su corazón, dice.) ¡Pobre hermana Piedad que no sabe de amor!

ESCENA VI

SOR PIEDAD, DON ATAULFO, PRÓCULO, DOÑA OFELIA y CABRITILLA salen con precaución

OFEL. ¡Mirarla! ¡Parece una mosquita muerta! Yo la diré cuatro cosas.

CAB. Pa mí que va osté á *colarse.*

OFEL. De seguro piensa en él la muy... hipócrita. Voy á interrumpirla. (Se acerca á Sor Piedad.) ¿Rezando, verdad?

SOR PIE. Sí señora... Rezando.

OFEL. ¿Esperaba usted á alguien? Es tan poético este sitio para las citas. Y luego, el crepúsculo es la hora de amar...

SOR PIE. (Digna.) De amar á Dios es hora siempre.

OFEL. Sí... Pero de amar.

SOR PIE. ¿A quién? (Severa.)

ATAUL. Al prójimo ¡cuerno! ¿Cree usted que no nos hemos enterado? Y nos parece muy bien. Cuente usted con el apoyo del partido revolucionario de Villacalmosa. Pocos somos, éste y yo, pero puede que aumentemos.

CAB. Zí, hombre. Cuando crescan esos rorros serán ostés cuatro.

ATAUL Que deje la cárcel de ese conventucho y viva como Dios manda, como se debe vivir, como yo vivo, como éste vive... (Por Próculo.)

CAB. Entonces... de niñera.

SOR PIE. ¿Han concluído ustedes?

ATAUL Yo, sí.

OFEL. Yo, no.

CAB. Güeno, pero osté se cayaba ahora.

SOR PIE. Acepto la *buena intención* de sus consejos, (A don Ataulfo.) pero no pienso seguirlos. En nuestra Casa de Salud hay una grandeza, la del dolor. Mis pobres locos son los fracasa-

dos de la vida. Hay un militar que cayó herido en el primer combate y quedó inútil. Un poeta á quien silbaron su primer drama, un abuelito á quien robaron el honor de su nieta. ¿Qué importa que haya una mujer que quiso amar? Será otra pobre loca.

OFEL. Ya hay quien lo piensa.

ATAUL. ¡A vivir! ¡A ser libres! ¡Viva la libertad!

SOR PIE. ¿Y para qué? Si con soñar que somos libres ya lo somos.

OFEL. ¡Qué lenguaje para una religiosa!

ESCENA VII

DICHOS, MARIPELOS

MAR. ¡Hermanita! (Al ver las caras.) ¿Pero qué les pasa á ustés? ¿Hay funeral?

CAB. Hay bronca en el siete.

MAR. ¿Por qué?

OFEL. Por la hermana que da unos ejemplos que nos tiene asustados.

MAR. Oiga usté, *señora*. Aquí quien da malos ejemplos es usté que quié quitarme el novio.

CAB. ¡Olé tu mamaita!

OFEL. Calle usted, insolente.

SOR PIE. Calla, Maripelos; yo te lo suplico. Antes dijo usted, señora, que estaba asustada. Esa es la verdad. Les asusta á ustedes que esta pobre hermana tenga corazón y herida en él vierta lágrimas. Tienen razón. La hermana Piedad solo debe reir. Hermana de locos algo ha de tener de su locura. Perdónenme. Mañana seré la de antes y les pediré entre burlas el pan de mis enfermos. Pero hoy; hoy que se decide mi vida; hoy que en la tierra todo es dolor para mí, déjenme ustedes llorar, respeten mi pena, se lo suplico, se lo exijo, se lo ordeno, porque somos hermanos, porque soy mujer... (Suplicante.) Déjenme hoy que llore. ¡No me hagan sufrir más! ¡En caridad de Dios! ¡Por caridad, hermanos! (Sale llorando por la derecha.)

ESCENA VIII

DOÑA OFELIA, MARIPELOS, DON ATAULFO, PRÓCULO y CABRITILLA. Todos menos doña Ofelia, lloriquean cómicamente

ATAUL La verdad es que da pena.

OFEL. Hipocresía: todo hipocresía.

MAR. Como vuelva usté á decir eso, se queda sin moño. ¡Tía Cotufa! ¡Engaña bobos! ¡Vieja compuesta!

OFEL ¡Insolente! ¡Deslenguada! ¡Ay! Yo me pongo mala. Yo me muero. Amigo Cabritilla. (Se desmaya en sus brazos.)

CAB. ¿Eh? ¡Señora! ¡Señora!

ATAUL Próculo, ayúdale.

PRÓC. Yo ya he cargao. (Por los chicos.)

CAB. Don Ataulfo. ¡Haga usté er favó!...

ATAUL. (Que la coge.) ¿Va usted á por agua?

CAB. Sí. De la fuente. Vámonos. (A los otros.) Cuando no pueda más la tira ar suelo. (A don Ataulfo con sorna. Mutis todos menos don Ataulfo y doña Ofelia.)

ATAUL. Eso sí que no. ¡Eh! ¡Buen amigo! ¡Buen amigo! (A ella.) ¡Señora! ¡Señora! (Hace desesperados esfuerzos por reanimarla. Orquesta.—Telón.)

Intermedio musical

CUADRO TERCERO

Un claustro en la Casa de Salud de Villacalmosa. En los primeros términos más obscuros que el foro, muros á ambos lados con puertas practicables. Desde los últimos términos y en ángulo quebrado que se pierde hacia la derecha el claustro exterior por entre cuyas columnas se ve el huerto vivamente iluminado por un sol de tarde primaveral. El tono azulado de sombra de los primeros términos ha de contrastar con la viveza y alegría de los últimos. En el huerto plantas y flores en abundancia; más que huerto es jardín. Durante el cuadro la luz hacia el foro se-

irá haciendo roja en el crepúsculo y violeta al caer la noche. A esa hora termina el cuadro. Donde no puedan darse sin brusquedad estas coloraciones de luz, se hará todo el cuadro con luz intensa en el foro y azulada en la batería.

Procúrese dar á este cuadro poesía en el ambiente, en la dicción y en la indumentaria de los personajes.

ESCENA PRIMERA

DON ANSELMO, DON MARCIAL, DON MANRIQUE y SOR PIEDAD. Los tres primeros son los locos que describe la Hermana en el cuadro segundo. Don Anselmo, ya descrito en el primer cuadro, es el abuelo de Aurora; don Marcial, es igualmente viejo, venerable y loco; usa bigote y perilla á la manera de los militares de antaño; don Manrique, gasta melena romántica, blanca, por supuesto, ó gris todo lo más; va completamente rasurado. Los tres tienen el mirar de asombro y fijeza, las arrugas del dolor y de la vejez en la cara, y andan encorvados hacia la tierra donde descansarán. Sor Piedad viste hábito todo negro

Al levantarse el telón aparecen los tres locos sentados en sillas. Sor Piedad procura calmarles acariciando sus cabezas torturadas por las manías de sus ideales rotos. Se supone que están los tres con el ataque, revelándolo en la inquietud de sus miradas y en el castañeteo de sus dientes

Recitado

SOR PIE. ¡Hermanos! ¡Hermanitos (Aparte.) ¡Cómo sufren los pobres! ¡Quién pudiera arrancarles su dolor! (Al cielo.) ¡Piedad! ¡Piedad para ellos!

MARC. (Que está más agitado que los otros, comienza primero con balbuceos, luego como si estuviese haciendo lo que describe, á recitar los siguientes versos.)
Míralos. Ya disparan.
Ya empieza la pelea.
¡Soldados, es la patria,
hay que morir por ella!...
¿No oís?... Son los cañones
que braman como fieras
y luego tanto rugen
los hombres que pelean,

que ya de los cañones
no se oye la tormenta.
¡Arriba los valientes!
¡Los que tengais vergüenza!
¡Está el honor de España
al acabar la cuesta!
¡La gloria al que antes llegue!
¡Un tiro al que se vuelva!
¡¡Soldados!! ¡¡A la carga!!
¡Delante la bandera!
¡¡A la montaña!! ¡¡Arriba
muchachos!!...
(Transición. Como si le hubiesen herido.)
¡Ay! ¡Mi pierna!
¡Cobardes! ¡Me han herido!
los míos ya se alejan.
(Con infinita amargura.)
¡Adiós gloria!... ¡ilusiones!
¡La brillante carrera!
Ahora toda la vida
he de andar con muletas.
(Cayendo otra vez en una postración dolorosa después de exaltarse.)

SOR PIE. Calma, hermanito, calma.

MARC. (Con desaliento, casi llorando.)
¡No puedo ir á la guerra!

MAN. (Hablando solo como si dispusiese un ensayo.)
No. Mi drama es más grande.
Diga bien esos versos.
Es preciso que ponga
más pasión y más fuego.
Ese ¡Te amo! es un grito
que se escapa del pecho.
(Declamando.)
«¡Te amo! ¡Tú eres mi vida!
¡¡Mata, si tienes celos!!»
Así.. Y ahora la dama
llora y tiembla de miedo.
¡Muy bien!... Ya estamos todos,
que comience el estreno.
. . . .
(Como si presenciase el estreno de su obra entre cajas.)
¡Bravo! Bien esa frase.

Ahora á ver el efecto
de la escena de amores
de Rosaura y Ernesto.
(Con cara de terror, como si oyera que le silbaran.)
Pero... ¡Cielos! ¿Qué pasa?
¡Es que silban! ¡Qué estruendo!
¡Es que silban mi drama!
¡Miserables y necios!
(Suplicante.)
Ved que mi alma y mi vida
en el drama había puesto.
¡Me han silbado mi drama!
¡Adiós gloria y ensueños!
¡Me han silbado!

SOR PIE. ¡Hermanito!

MAN. (Abatido.)
¡Me han silbado mis versos!
«Que hermosa está la noche.
Que transparente el cielo.
¡Te amo, Rosaura, te amo!
Amáme siempre, Ernesto.»
(Queda balbuceando mientras Sor Piedad le acaricia.)

ANS. (Como los otros.)
Aurora... Aurora mía.
Ven, nieta de mi alma.
¡Qué buena era! ¡Qué hermosa!
¿Por qué me la envidiaban?
¿Si fué mi vida entera,
por qué vino á robármela?
(Con tono misterioso de alucinación.)
¿No veis, allá en la cima
de la negra montaña,
al ladrón que me roba
á mi nieta adorada?
Es su honra la que quiere.
Es mi honra la que mancha.
¡Ya es suya! ¡Ya ha vencido!
¡Mi Aurora deshonrada!
Ya veo el cielo rojo.
¿Es vergüenza ó es rabia?
¡Ladrón! ¡Dame á mi nieta!
Vuélvemela sin tacha.
¡Ladrón! ¡Que soy un viejo!
¡¡Ladrón!! ¡Ladrón! ¡Canalla!...

(Transición. Con infinita dulzura.)
Pobrecita mi Aurora.
Mi oveja descarriada.
Ahora ha vuelto á ser niña,
niña inocente y cándida.
Ven para que tu abuelo
te duerma con la nana.
(Acunando, como si durmiese á un niño)
Duerme, niña chiquita.
Duérmete hasta mañana.
Duerme... Todo fué un sueño.
Duerme, niña del alma.

SOR PIE. Hermano... Olvide... ¡Olvide!
(Aparte.)
La pena me desgarra.

ANS (Con rabia y dolor, pero muy bajo.)
¡Ladrón! ¡Vuélveme mi honra!
¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Canalla!
(Pausa. Suena una campana.)

SOR PIE. ¿Oís? La hora de la cena.
Ya ha sonado la campana.
Vamos, hermanitos, vamos,

MARC. ¡Nuestra madre!

MAN. No. Nuestra Hada.

ANS ¡Hija mía!

SOR PIE. (Con cariñosa reconvención.)
Ande deprisa,
porque si no nos regañan.
(Se levantan los tres viejos y hacen mutis lentamente por la puerta de la izquierda, empujados con cariñosa solicitud por la Hermana, que mientras salen dice con piadosa súplica llena de dolor.)
Tú que los ves desde el cielo,
Virgen mía de mi alma,
dales la paz, que es la vida,
dales fe, que es esperanza.
Ten compasión, porque sufren
y el sufrir limpia las almas.
¡Madre que estás en los cielos,
mira este valle de lágrimas!
(Hace mutis con ellos. Pausa breve. Vuelve á sonar la campana.)

ESCENA II

MARIPELOS y UNA HERMANA por el foro derecha

Hablado

HER. Aquí estaba hace un momento.

MAR. ¿Pero es verdad lo que se dice, que ha profesao?

HER. Ayer mismo. La Superiora la dispensó los nueve días de retiro.

MAR. ¡Pobrecita! ¡Y pensar que de todo tiene la culpa esa vieja presumida!

HER. ¿Quiere que avise á la Hermana?

MAR. Sí. Haga usté el osequio. Dígala que está aquí la Maripelos, pa verla, darla un beso y... (La monja se va.) ¡Como yo me encuentre á la Pepona que tié la culpa de tóo... la cambio el nombre de una gofetá! ¡Por estas!

ESCENA III

MARIPELOS, CABRITILLA, que sale recatadamente por la derecha

CAB. ¡Aprieta, la Maripelos! Oiga usté, joven. ¿Es que se ha güerto usté loca por mí?

MAR. ¿Se pué saber á qué viene esa pata de banco?

CAB. Como está usté aquí en la casa e locos...

MAR. Mas valiera que en vez de bromear se enterara usté de que Sor Piedad ha profesao.

CAB. Lo sabía hase rato.

MAR. ¿Y se queda usté tan fresco? ¡Pobrecita! Esperándola estoy. (Llora.)

CAB. Por ahí podía usté habé empezao.

MAR. ¿Por qué?

CAB. Porque está aquí mi señorito, y se ha enterao de tóo, y se ha puesto que á mí mismo me ha llegao á afertar y me ha mandao que le prepare una *interviuve* con Sor Piedad, y Sor Piedad va á decir que ¡magras!

MAR. Ah, pues tién que verse, no hay más remedio.

CAB. ¡Ya se me ha ocurrío! ¿No está usté esperándola?

MAR. Sí.

CAB. Güeno; pos ahora mismo osté se las pira conmigo; yo aviso á mi señorito, que ronda por el jardín, y cuando Sor Piedad salga, se topan, se ven y ¡pata! ¿Está bien combinao?

MAR. ¡De primera! ¡Eche usté pa alante!

CAB. ¡Andando! Y que aprenda su novio á tené argo en la cabeza.

MAR. ¿Pa qué?

CAB. ¡Pa cuando se case! (Mutis cómicamente cogidos del brazo.)

ESCENA IV

SOR PIEDAD y UNA HERMANA

HER. Aquí está... ¡Calle! ¡Si se ha marchado!

SOR PIE. Puede que esté haciendo tiempo en el jardín. Vaya usted á verlo, Hermana. (Saluda la Hermana y hace mutis por el foro izquierda.)

ESCENA V

SOR PIEDAD y RAFAEL

RAF. (Llamándola primero bajo, luego imperioso.) Teresa. ¡Teresa!

SOR PIE. (Volviéndose asombrada.) ¡Rafael!... ¿Usted aquí?

RAF. ¿No me esperabas? Y sin embargo tú misma me lo prometiste hace dos días.

SOR PIE. Yo le explicaré á usted... Rafael.

RAF. Es inútil. Acabo de saberlo todo... ¡todo! Tú pides á Dios por los pecadores para salvar sus almas. Pues óyelo bien, puede que salves muchas almas con tus rezos, pero has perdido la mía.

SOR PIE. Rafael... ¡Por piedad! Me hacen sufrir mucho sus palabras.

RAF ¿Sufrir? ¿Pues qué, no sufro yo? Más que tú, más, mucho más. Tú nunca me quisiste. Cuando me jurabas amor, mentías... Sé franca. Dí que me desprecias. Dí que soy el más indigno de los hombres, pero no te conviertas tú en la más indigna de las mujeres mintiendo, cuando llevas el nombre de Dios y eres esposa de Cristo. ¡Ya que le hayas robado á Dios el nombre, no le arrastres por el suelo!

SOR PIE. Basta, Rafael. ¡No puedo más!

RAF Dí que me odias y te dejo. Pero dímelo. Quiero escucharlo de tu boca: «Te odio». Así. «Te odio». (Con rabia y dolor.)

SOR PIE. (Con esfuerzo infinito.) No... ¡No puedo, Rafael!

RAF. ¿No puedes? Pero sí has podido vengarte. ¿Vengarte de qué? ¿De mi pasado? Tú eres la culpable; tú que me cerraste la senda de la bondad en la vida. Mis locuras, culpa tuya fueron. Por ti hice verter lágrimas á otras mujeres.

SOR PIE. Sí. Tienes razón. Por eso ahora que las he visto, ahora que me conmovieron hasta lo más hondo de mi alma, les sacrifico mi vida, mis ilusiones. ¡Cuánto podía haber en mí de felicidad! Tienes razón cuando me insultas, cuando me pides cuentas del pasado. ¡Tienes razón, Rafael, tienes razón!

RAF. Calla. Porque empiezo á comprenderte...

SOR PIE. Comprendes que Aurora me habló.

RAF ¿Aurora te ha dicho?...

SOR PIE. Su abuelito está aquí. Perdió su razón al saber que su nieta te había sacrificado la honra. ¿Qué menos puedo hacer que consolar al enfermo y devolverle á ella su buen nombre?

RAF No. ¡Es que no eres tú sola quien se sacrifica, sino yo que te he perdido para siempre!

SOR PIE. Rafael. Hubo un error en nuestra vida, y en la vida el error es un pecado. Yo te negué mi amor, porque le necesitaba todo para mis padres, pobres y enfermos. ¡Yo de-

bía sacrificarme, pero tú!... ¿Por qué no aceptaste el sacrificio? ¡Si hubieses esperado! Yo tenía tal fe en tu cariño, que mantenía esa ilusión y esperaba siempre, cuando te veía hacer locuras, cuando me contaban tus hazañas, y esperé hasta que la fortuna nos reunió hace dos días. ¡Si supieras la felicidad que sentí! ¡Qué contenta estaba! Hubiese querido ver á todos felices como yo, reir de alegría, que el mundo entero fuese una carcajada, un grito de placer. ¡Qué hermosa me pareció la vida aquella mañana! (**Ha dicho el parlamento con amargura primero, con dolorosa alegría después, hasta acabar llorando.**)

RAF ¡Teresa! Aun te amo. ¡Oyelo!

SOR PIE. Ya no puedo. Ese «te amo» suena como una voz lejana, triste, una voz que no es para mí...

RAF. ¿Y las quejas de una mujer celosa han podido arrebatarme la felicidad?

SOR PIE. Tú no sabes el efecto que sus lágrimas me produjeron. Era yo tan feliz, que me asustó su desgracia. Sentí miedo, mucho miedo, luego piedad, más tarde... remordimiento. Hace poco lo has dicho. Yo soy la culpable de ese dolor. ¡Por mí lloraba aquella mujer!

RAF ¡Por mí!

SOR PIE. Te amó mucho. Tanto como yo, acaso más, porque te sacrificó su honra y su dicha, y yo... nada te he sacrificado. A ella le debes un nombre y una vida que has deshecho. A mí, nada me debes. Soy yo la que por ti fuí un día tan dichosa, que aun llorando toda mi vida, no pagaré con mis lágrimas aquella felicidad. Sé bueno, Rafael. Seamos los dos muy buenos. Nuestro amor ya no es posible; que nos una al menos el haber hecho juntos el bien... ¡Quién sabe si la bondad vale tanto como el amor!

RAF. ¿Y por qué has hecho imposible nuestra felicidad pronunciando votos eternos?

SOR PIE. Porque temí no poder resistirte. Porque fuí cobarde... No lo seas tú. Cumple tu deber. Eres bueno. Tu corazón es grande. Tiene

que serlo, porque ha vivido en él un gran amor... Aurora... ¡Pobre Aurora! ¡Te quiere tanto! ¡Ha llorado tanto por ti! Primero sentirás por ella compasión, luego una ternura dulcísima, la de pensar que enjugaste sus lágrimas. Además... soy yo quien te lo ha dado, quiérela como algo mío... ¡Hazlo por nuestro amor!

RAF ¿Y si este sacrificio que me pides lo hiciese yo por ti, solo por ti, me lo agradecerías, pensarías en mí?

SOR PIE. Tal vez.

RAF. ¿Y cuál va á ser tu vida ahora?

SOR PIE. En esta casa todos tienen su manía, todos sueñan cosas que no son. ¡Que Dios me perdone si yo también sueño!

RAF. Teresa. (Entusiasmado.) ¡Eres más grande que nuestro amor! ¡Eres un ángel! (Arrodillándose.)

SOR PIE. De rodillas, no.

RAF. (Con exaltación.) Sí, de rodillas. No para decirte que te adoro, porque ya lo sabes. No para pedirte perdón, porque eres tan buena que ya se lo has pedido tú á Dios para mí.

SOR PIE. (Con pasión.) ¡Rafael!... Ahora sí que te quiero... Ahora Dios me lo permite. ¡Dios me lo manda!

RAF. Pues yo, ahora que escuché de tus labios ese amor que me hace ser heróico, te juro consagrar mi vida á hacer dichosa á esa mujer, porque te querré en ella á ti que me la has dado, Teresa.

SOR PIE. Corre junto á ella. Llévale la alegría de tu cariño.

RAF. (Sobreponiéndose.) ¡Cabritilla!

ESCENA VI

RAFAEL, SOR PIEDAD y CABRITILLA

CAB. ¡Zeñorito! (Suena en la orquesta pianísimo el motivo del dúo.)

RAF. Vámonos. Adiós, hermana.

SOR PIE. (Jovial, dominando su dolor.) Adiós, hermano.

Ya sabe usted que en esta casa deja buenos amigos. El Señor le dé felicidad. (Despedida muda. Dolor en las miradas. Rafael contiene sus lágrimas y huye por esconderlas cuando brotan.)

RAF. ¡Adiós! (Pausa breve.)

ESCENA VII

PIEDAD; luego DON ANSELMO, DON MANRIQUE y DON MARCIAL

SOR PIE. (A la imagen.) ¡Virgen mía! ¡Ya que yo sufra, hazle á él dichoso! (Se arrodilla. Solloza.) ¡Pobre hermana Piedad, que no sabe de amor!

ANS. (Saliendo y acercándose á consolarla con los otros dos.) ¡Hermana!

MARC. ¡Madre Piedad!

MAN. ¡Hermanita!

SOR PIE. (Levantándose como si recibiese de ellos fuerzas para vencer su dolor.) ¡Oh, hermanos míos! Ya soy fuerte. Mi vida entera para vosotros! ¡Para vosotros todo mi amor! (Hacen grupo abrazados.)

MARC. ¡Hermana! (Dulce.)

ANS. ¡No! ¡Madre! ¡Madre!

MAN. ¡Mi drama!

MARC. ¡Mi gloria!

ANS. ¡¡Mi nieta!!

(Con súplica angustiosa é infantil.)

SOR PIE. (Alzando los ojos al cielo en súplica infinita y amarga.) ¡¡Mi amor!! (Cuadro. Suena en la orquesta el motivo «Es amor. Es amor luz de sol que da un beso». Telón.)

FIN DE LA OBRA

OBSERVACIONES

A los señores Directores de escena suplican los autores de esta obra, confiados en su talento:

1.º Que estudiando los gustos del público, modifiquen, cuando lo crean conveniente, las frases de doble sentido, suavizándolas ó quitándolas por completo en caso preciso.

2.º Que cuiden de que los actores que interpreten los papeles de Cabritilla y Próculo sean sóbrios en los momentos culminantes en que intervienen, sobre todo el primero en la salida del último cuadro.

3.º Que ensayen la escena primera del cuadro tercero con cariño, procurando que los intérpretes de don Anselmo don Manrique y don Marcial digan sus parlamentos con mucho matiz, con voz dulce, de niño quejumbroso y dentro de la mayor ó menor energía que exíge cada tipo.

4.º Que rueguen á las empresas, si ellos no lo son, se construya decorado para el último cuadro si no lo hubiese adecuado, y procuren dar ambiente poético á todas las escenas del mismo.

5.º Que en aquellas compañías donde la primera tiple dramática no se considere en condiciones de abordar con éxito el papel de Sor Piedad, puede hacerlo una primera actriz de verso, suprimiendo la parte del dúo en que interviene y bajo la dirección del maestro concertador y director.

6.º Don Ataulfo debe procurar caracterizarse de manera que recuerde algo al notable político don Manuel Ruiz Zorrilla, y para ello se pondrá bigote canoso, mosca y peluca, con raya, y de entradas acentuadas.

Por todo ello les quedaremos muy agradecidos.

Obras de Emilio G. del Castillo

Duda cruel, monólogo. (Agotada.)

Lazo de unión, comedia en un acto. (Premiada en el concurso de «El Teatro».)

El intruso, comedia en cuatro actos, basada en la novela de Blasco Ibáñez.

Fenisa la Comedianta, zarzuela en un acto y dos cuadros, música de Rafael Calleja.

Las bandoleras, zarzuela cómica en un acto y cuatro cuadros, original, música de Tomás L. Torregrosa.

Holmes y Raffles, fantasía melodramática con música de Pedro Badía.

La garra de Holmes, segunda parte de la anterior, música de Pedro Badía.

Cómo se ama, boceto de comedia en dos actos, original y en prosa.

¡Pícaro telefono!, juguete cómico en un acto y en prosa.

El príncipe Sin-Miedo, cuento de niños en dos actos, en verso, música de Vicente Lleó.

Sol y alegría, zarzuela en un acto y cuatro cuadros, original, música de Tomás L. Torregrosa.

Los segadores, zarzuela dramática en un acto, dividido en tres cuadros, original, música de Manuel Quislant.

Los talianos, astracanada en un acto y tres cuadros, original y en prosa, música de Joaquín Gené.

El bello Narciso, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, música de Ramón López-Montenegro.

Nacer de pie, comedia lírica en un acto y tres cuadros, en verso, música de Luis Foglietti.

La Hermana Piedad, comedia lírica en un acto y tres cuadros, en prosa, original, música de Quislant y Badía.

Obras de José Pérez López

La despedida de un quinto, monólogo en prosa.

El repatriado, monólogo en prosa.

Negocio redondo, juguete en un acto y en verso.

El doctor maravilloso, comedia lírica en un acto y dos cuadros, refundición de la obra de Moratín *El médico á palos*, música de Foglietti y Quislant.

Rosiña, zarzuela dramática de costumbres gallegas, en un acto y tres cuadros, en prosa, música de Julio Cristóbal.

La ruada, zarzuela dramática de costumbres gallegas, en un acto y tres cuadros, en prosa, música de Pedro Badía.

Vida bohemia, humorada cómico-lírica en un acto y tres cuadros, en prosa, música de José Fonrat.

La Hermana Piedad, comedia lírica en un acto y tres cuadros, en prosa y verso, música de los maestros Quislant y Badía.

Precio: UNA peseta